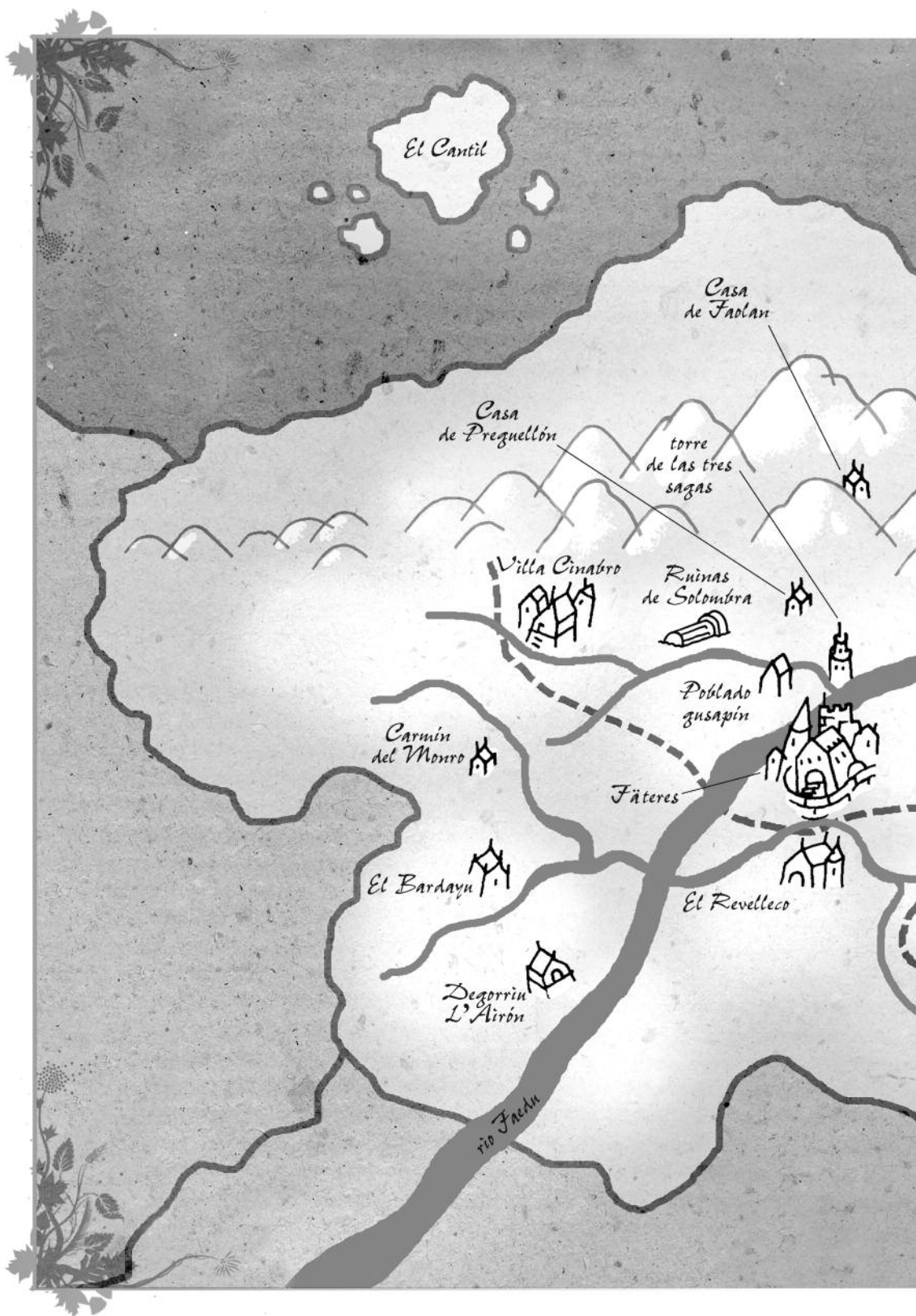


EL JARDÍN DE LA DUERMEVELA

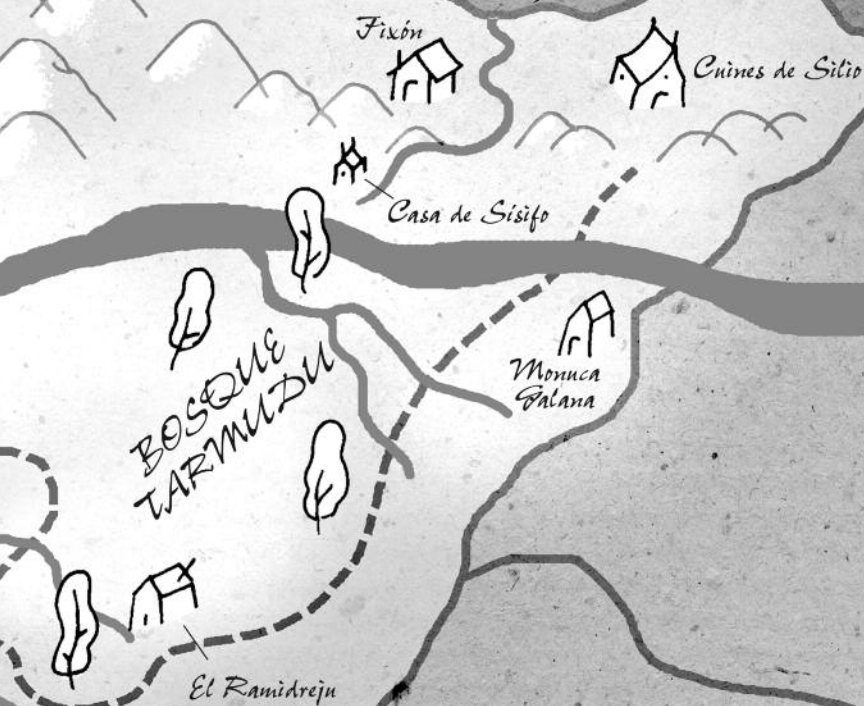
Sergio M. Glegg

Ilustraciones del autor





El Carbayo



Hesperia





Prólogo

Esta historia no transcurre en un bosque asturiano, al norte de España. Ni en el año 1936, en mitad de un conflicto infame y fratricida que sacudió Europa. No, pero para saber cómo empieza debemos trasladarnos a ese lugar y a ese momento concretos, a un rincón oscuro de ese bosque, en una noche húmeda y fría. El jinete de la guerra campaba a sus anchas por esas tierras, obligando a un pequeño grupo de soldados republicanos y a sus familias a refugiarse en una casona típica de la región, con muros de piedra, vigas de madera y tejado de pizarra; un bonito lugar en el corazón del bosque donde refugiarse al calor de una buena chimenea. El problema era que la hija pequeña del médico del grupo, un bebé de apenas dos años de edad con vivos ojos color caramelo y el pelo ondulado y castaño, había contraído una penosa enfermedad. Su padre, como buen médico, había hecho todo lo posible por curar a la niña, pero los síntomas no remitían. Tenían que llegar a un hospital, porque, si no era ingresada pronto, seguramente moriría. Por ese motivo, el doctor y dos jóvenes soldados que habían sido asignados para escoltarlo se habían alejado de la casona y habían terminado deteniéndose en un pequeño claro, bosque adentro, para montar una tienda de campaña. Estaban todavía a medio camino de la ciudad más próxima, pero habían caminado ya durante muchas horas y necesitaban tomarse un respiro. Los dos jóvenes montaron guardia afuera, mientras el doctor atendía a su hija en el interior de la tienda. Una densa niebla se deslizaba entre los árboles contrastando con el negro de sus gruesos troncos. Javier, uno de los soldados, estaba tarareando en voz baja una conocida canción:

*Serenos y alegres,
valientes y osados,*

*cantemos, soldados,
el himno a la lid.
De nuestros acentos
el orbe se admire
y en nosotros mire
a los hijos del Cid.*

—Calla, *atontao* —chistó el otro soldado—, que la noche no es segura y si alguien te oye cantar podría encontrarnos sin dificultad.

—Lo siento, Tomás —dijo Javier con gesto agraviado—, pero es que este bosque me pone los pelos de punta, y si canto un poco parece que siento menos miedo.

El otro soldado rió.

—¿Que esto te da miedo, dices? ¡Ja! Tú no sabes lo que es sentir miedo. Si quieres te cuento una historia que me contó a mí la hermana de mi abuela. ¡Eso sí que da un buen *cague*!

Tomás tenía fama de cuentista entre aquellos que lo conocían, de contar historias inventadas y hacerlas pasar por ciertas. Para dar credibilidad a sus narraciones, siempre tenía algún testigo ocular de los hechos, alguien a quien, curiosamente, nadie conocía. En este caso era su tía abuela.

—¿Tú crees en las *xanas*, Javier? —preguntó el soldado, divertido, mientras sacaba del interior de su chaqueta una bolsita de tabaco, papel de liar y un encendedor y comenzaba a liar un pitillo. Tomás siempre se liaba uno cuando se disponía a contar alguna historia, aunque nadie lo había visto nunca fumárselo. Simplemente lo dejaba encendido, consumiéndose mientras él se dedicaba a relatar sus cuentos rocambolescos.

—No sabría qué decirte —titubeó su compañero.

—Ah, pues yo sí. Y es que mira lo que le ocurrió a una amiga de mi tía abuela. Y buena amiga, ¿eh?, no una cualquiera. Pues bien, resulta que esa mujer había dado a luz una niña de lo más bonita que era la alegría de todo el pueblo; sin embargo, pasados algunos meses, la niña comenzó a comportarse de manera extraña.

—¿De qué manera extraña? —preguntó, tratando de ocultar el temor que se escondía detrás de sus palabras.

—Comenzó a hablar —dijo Tomás de golpe, abriendo los ojos como platos para añadir efecto a su relato—. Pero no a hablar como un bebé cualquiera. Nada de «mamá», «papá» ni cosas de ese tipo.

—¿Y qué decía? ¿Qué decía?

Tomás miró a ambos lados, como tratando de asegurarse de que nadie podía oírlo, y después respondió en voz baja:

—Se metía con la Virgen y con los santos. ¡Blasfemaba todo el tiempo! Imagínate cómo se preocuparon los padres... Nadie en el pueblo debía enterarse de eso, claro, pero un día entró en la casa una vieja que vendía cardillo y escuchó las blasfemias del bebé. «¡Me cago en D...», «¡Me cago en la V...». Bueno, tú ya me entiendes. Los padres, claro, se avergonzaron mucho, pero la vieja les dijo que no se culpasen de lo que le ocurría a su hija porque aquel bebé no era ella en absoluto.

—¿Cómo que no? ¿Entonces quién era?

—Mira, cuentan por ahí que a veces las *xanas* se encaprichan de los niños humanos porque ellas no pueden ser madres. Entonces, cuando ven uno que les gusta mucho, lo cambian por una criatura de su mundo, como, por ejemplo, un duende. Resulta que hay un método muy fácil de averiguar si a uno le han cambiado a su hijo por un duende, y aquella vieja lo conocía.

En ese preciso instante, un grito cortó el aire haciendo que Javier pegase un bote en el suelo y se llevase un susto de muerte.

—Tranquilo, hombretón —rió Tomás—, será la niña del doctor que se habrá puesto a llorar.

—Tienes razón, tienes razón —dijo Javier, limpiándose el sudor de la frente.

—Hala, tranquilízate, valiente. Como te iba diciendo, la vieja les dijo a los padres de la niña misteriosa que cogieran un puchero, lo pusieran sobre el fuego y metieran en él cáscaras de huevo. Después les explicó que debían acercar el bebé a la lumbre, y, si se asombraba, sabrían que era un duende. Y efectivamente, cuando la niña miró lo que había dentro del puchero, inmediatamente exclamó: «*Fai cien años que nací y nunca cáscus de güevu na llume vi*».

—¡Así que era un duende! ¿Y qué hicieron los padres con él?

—Un *xaiño*, que así es como los llamaba mi tía abuela. Ah, los padres trataron de cogerlo para hervirlo vivo en el puchero, pero no pudieron atraparlo. Cuando el monstruito vio que lo habían descubierto... ¡zas!, volvió a su forma original y salió de la casa pegando brincos sobre sus verdes pies.

—¡Caramba!

—Sí... Impresionante, ¿verdad? —dijo Tomás, extremadamente

satisfecho por la impresión que había causado en Javier y encendiendo un segundo cigarrillo.

—¿Y qué pasó con la niña de verdad?

Tomás se detuvo un par de segundos a pensar. Daba la sospechosa impresión de que se estaba inventando algo rápidamente.

—La encontraron... —respondió finalmente— en un cruce de caminos. Estaba muerta. Por eso yo nunca me quedo quieto en los cruces de caminos. Son de mal fa...

Pero nunca sabremos lo que tenían de malo los cruces de caminos según Tomás, porque en ese preciso instante se escuchó el crujir de unas ramas bajo lo que eran, sin duda, pies humanos. Los dos soldados se volvieron al instante, se incorporaron con presteza y asieron sus rifles. Algo se estaba moviendo entre la niebla. Javier estuvo a punto de pegar una voz para alertar al doctor, pero antes de que pudiera hacerlo una lluvia de plomo cayó sobre ellos. Un grupo de soldados vestidos con casacas azules entró en escena, todavía sujetando en alto sus rifles. El aire se impregnó de olor a pólvora y sangre, y al poco rato Javier y Tomás yacían muertos sobre el suelo, este último todavía sujetando su cigarrillo a medias entre sus dedos rígidos. Un par de soldados entraron en la tienda del médico y allí lo encontraron, todavía postrado sobre la mesilla sobre la cual había estado auscultando a su bebé. El doctor estaba muerto, pues las balas habían acribillado la tienda, y su niña pequeña, debajo de él, debía de estarlo también. Los soldados llamaron alarmados a su general. Evidentemente, habían confundido al médico y a sus escoltas con una redada o algo similar. El hombre al mando, alto, de pelo corto y bigote pulcramente recortado, observó la escena con horror y ordenó a sus hombres que abandonaran de inmediato el lugar. Así lo hicieron, y en menos de un minuto el silencio cubrió a la escena del crimen. No se veía ni un alma. Y realmente era una lástima, porque, de haber habido alguien en el lugar, habría asistido a un fenómeno prodigioso.

Ahí, en mitad del aire nocturno del bosque, bajo la luz plateada de la luna llena, se abrió una brecha luminiscente que se fue haciendo más y más grande, hasta que adquirió el tamaño necesario para que tres pequeñas mujeres pudieran cruzar a través de ella. Las mujercillas pisaron el suelo ensangrentado y comenzaron a examinar los cadáveres entre risillas juguetonas. La más alta de las tres era espigada y algo jorobada; la mediana, gorda, y la más bajita, delgada y bien proporcio-

nada. Las tres vestían unas largas túnicas verdes y blancas que arrastraban por el suelo ocultando sus pies y llevaban unos gorros dorados con la punta enroscada hacia delante. Tenían la piel extraordinariamente blanca y la nariz y las orejas acabadas en punta. Sus ojos eran de un verde chillón, y sus labios color sangre ocultaban una larga hiler de dienteillos afilados. Cada una de ellas extrajo un zurrón de entre sus largos vestidos, y las tres comenzaron a despedazar los cuerpos de Javier y Tomás, recolectando un grotesco botín compuesto de cabellos humanos, uñas, ojos, cerumen de las orejas y alguna que otra tripa.

—Pelona, querida —dijo la más alta, dirigiéndose a la gruesa—, un ojo azul, como a ti te gustan.

—¿Y el otro? —preguntó la tal Pelona.

—No está, debe de habérsele salido —respondió la primera, encojiéndose de hombros.

—Pues esperad a ver lo largas que tiene este las uñas de los pies, no debe de habérselas cortado en cinco meses —rió la más menuda.

Después de unos minutos de algarabía, un llanto estridente pudo escucharse a no mucha distancia, silenciando las carcajadas de las tres mujeres.

—¿Qué es eso? —preguntó Pelona.

—Parece un *gochu* en el degüello —respondió la alta y encorvada.

—Para mí que no es un *gochu*. Suena como tú, Llercia, cantando una praviana —dijo la bajita, con ironía.

—Pues si es un tonadillero deben de estar torturándolo —dijo Llercia—. Yo digo que busquemos a ver qué es.

—Y yo digo que le den por *culu*, ¿qué nos importa? —replicó Pelona.

—Yo ya tengo curiosidad —dijo la pequeña.

Sin más discusión, entraron en la tienda agujereada para descubrir la fuente de aquel ruido incomprensible. Lo primero que encontraron fue el cuerpo sin vida del doctor.

—¡Mirad, hermanas, aquí hay otro! —exclamó Llercia, mirando debajo del cadáver—. Y este tiene mucho más de dónde sacar que los otros dos.

Pelona apartó al hombre de la mesilla sobre la cual estaba todavía postrado y descubrió a la criatura que lloraba. La más gruesa de las tres hermanas dio un salto hacia atrás.

—¡Un *ñeñu*! —exclamó Llercia.

—No, una *neña* —apuntó la más bajita, tomando al bebé entre sus largos y afilados dedos.

—¡Y qué bonita es! —sonrió Llercia.

—De bonita no tiene nada. Está cubierta de mocos resecos y tiene los ojos rojos como tomates —respondió Pelona.

—Además, tiene la frente ardiendo —añadió la más alta de las mujercillas, que acababa de pasarle una de sus blancas manos por la cabeza.

—Estará enferma —dijo la pequeña—. Nada que no pueda curarse con un poco de agua de bérbero y triaca. Es tan linda... Y mirad, tiene su nombre bordado en el vestido.

—Y vaya nombre feo que es —replicó Pelona.

—Te creerás que el tuyo es muy bonito. Pena tiene razón, a mí me gusta —sentenció Llercia.

—¿Podemos quedárnosla? —preguntó Pena, aún con la niña en brazos.

—No sé, no sé... —murmuró Pelona.

—Que estos luego crecen y se vuelven útiles —dijo Pena—. Además, será divertido hacer de madres por una temporada.

—¡Para ti todo es divertido! Pero eso es mucho trabajo, y nosotras tenemos ya tarea de sobra —argumentó Pelona.

—Sí, bueno, ya ves tú... darle vueltas al caldero, no hacemos otra cosa. De todas maneras, los bebés humanos se crían solos. Le damos una cama, un poco de leche y una *miga*’ pan hasta que pueda andar y buscarse su comida sola, y listos —dijo Llercia.

—¡Claro! Y de pronto nos reímos un rato y jugamos con ella. Y luego, de grande, que nos ayude a recoger verónica, eufrasia, malva y todo eso —dijo Pena.

—Bueno... así visto... —titubeó Pelona.

—¡Entonces decidido! —exclamó Llercia—. ¡Nos quedamos con el *mico*!

Y así, entre cantos de alegría, Llercia, Pelona y Pena salieron de la tienda y se llevaron a la niña con ellas a un lugar terrible y maravilloso. No sin antes haberse llevado un mechón de pelo de su padre, un par de dedos y un ojo marrón que no tenía desperdicio.

1. El bosque Tarmudu

Si alguien intentase encontrar la prodigiosa región de El Carbayo, la hallaría al norte de una península llamada Hesperia que pertenece a un mundo lejano, pero quizá no tanto como uno podría pensar. La presente historia transcurre en dicho lugar: una tierra diversa y fértil, coronada por el mar Nive y por la cordillera Cerreda, una imponente hilera montañosa. En El Carbayo, además, se puede encontrar un magnífico bosque que sus habitantes gustan de llamar «el bosque Tarmudu». Este bosque, a diferencia de otros, jamás ha sufrido la sangrante incisión de la excavadora, ni de la sierra eléctrica, ni de ningún otro utensilio similar; y se mantiene intacto en todo su esplendor, verde, frondoso y rebosante de vida. Sobre un tupido suelo de hierba y helechos se elevan, majestuosos, toda clase de árboles que, con sus altas y frondosas copas, pueden incluso llegar a impedir que los dorados rayos del sol toquen la tierra. Robles, hayas, castaños, nogales, manzanos, perales, ciruelos, guindos y un largo etcétera pueblan el bosque entre bonitas flores como la campanula, el ciclamen y el brezo, y entre tintineantes senderos de agua trazados por hermosos ríos, torrentes, lagos y pozas. La fauna de semejante espacio natural no es menos variopinta. Criaturas como el zorro corretean por el suelo entre la flor amarilla del ranúnculo, junto a otras como el urogallo, la liebre o el erizo, deslizándose por el sotobosque entre frambuesas, arándanos y fresas silvestres. Sobre las cimas de los árboles surcan los aires el halcón peregrino, el águila real y el azor, mientras entre las negras ramas monta guardia nocturna el orgulloso búho real. Estos son solo ejemplos de la maravillosa diversidad de la que hacen gala los habitantes del bosque Tarmudu, y aún dejo para el final sus inquilinos más sorprendentes: una gran variedad de seres feéricos, largo tiempo ente-

rrada en la débil imaginación de nuestros coetáneos, puebla y cuida el bosque a su silenciosa y fascinante manera. Unos en su papel de hacendosos jardineros y recolectores de frutos, otros como poderosas hechiceras de caldero humeante o como vigorosos pastores y guerreros; pero todos, en general, criaturas de los elementos satisfechas de cumplir con su función, y, por supuesto, siempre dispuestas a un buen trago de sidra dulce.

No es difícil adivinar que las tres mujeres que se llevaron al bebé al principio de la historia eran, como no podía ser de otra forma, hadas. Sagas, para ser más precisos, aunque realmente sea una grave muestra de torpeza humana querer clasificar a estos seres y ponerles etiquetas como si fueran animales expuestos en un zoo. Con el fin de asegurarse de que la muchacha no pudiera volver al mundo de los hombres, las sagas la sometieron a un antiguo encantamiento conocido como «el tabú». Mucho habría que decir y explicar del tabú, pero por el momento basta con decir que es un sortilegio que consiste en ocultar a la víctima su verdadero nombre y ponerle uno al gusto del que ejecuta el encantamiento. La magia solo funcionará en caso de que el acto de cambiar el nombre sea deliberado y con afán de ejercer cierta medida de control sobre la persona encantada, además de apartarla cognoscitiva y emocionalmente de su vida pretérita. Huelga decir que la víctima del sortilegio no debe tener ningún tipo de conocimiento de este ni mediar de ninguna manera posible en su ejecución. La joven de esta historia fue rebautizada por las sagas con el nombre por el cual la conoceremos durante gran parte de la misma: Ippuk. ¿Y por qué la llamaron así? Pues quizá simplemente porque no tenían ni idea de cómo se ponía nombre a una niña, o porque era el nombre menos humano que se les ocurrió. Lo importante es que, a consecuencia del tabú, Ippuk creció en el mundo de las hadas —también llamado tercer reino, entre muchos otros nombres— sin saber qué la encadenaba a ese lugar y sin tener conocimiento alguno de su pasado.

Las tres sagas vivían en lo alto de un destartelado torreón de piedra, en mitad del bosque, fabricando pócimas, ungüentos y elixires de macabra factura, e Ippuk, que vivía en un hórreo situado al pie de la torre, era razonablemente feliz. No es que las sagas fueran unas madres demasiado atentas, ni tampoco excesivamente cariñosas, pero también sería injusto calificarlas de crueles o inhumanas. Bien es cierto que su humor era un tanto cambiante, y que si estaban enfadadas era mejor no

encontrarse en las inmediaciones, pero, por lo general, la muchacha podía hacer y deshacer a su antojo y divertirse con los secretos del bosque a cambio de algún pequeño favor de cuando en cuando. Ippuk era libre para merodear entre los árboles y alejarse de las sagas tanto como quisiera, pero cuando hacía esto durante demasiado tiempo la invadía una horrible tristeza que la impelía a volver de inmediato a su viejo hórreo, bajo la atenta mirada de sus madrinas. Esto, lógicamente, también tenía mucho que ver con el famoso tabú.

Un 21 de junio, Ippuk salió puntualmente a realizar su tarea de recolectar hierbas y plantas. Aunque no estaba demasiado segura de su edad (a duras penas tenía noción alguna del paso del tiempo), tenía unos catorce años. Era una joven de piel blanca y abultada cabellera castaña y ondulada. Tenía los ojos color miel, pecas y la nariz un poco larga y puntiaguda, lo cual no desentonaba en absoluto los extraños vecinos con los que se codeaba. Podría decirse que era una muchacha guapa, o al menos de rasgos dulces, agradables y con una sombra de picardía en los ojos. Vestía trapos que ella misma se confeccionaba a base de telas que le proporcionaban las sagas o cualquiera de sus varios amigos del bosque, y decoraba sus manos y sus pies con anillos y pulseras que fabricaba a base de tallos de flores, hierbas, pelo de animales, hojas y pequeñas piedrecillas de muchos colores. Conocía a la perfección todas las plantas y flores del bosque, sus sutiles perfumes, su tacto y su particular lenguaje. Aquella mañana, cuando aún estaba amaneciendo, Ippuk se topó con una grata sorpresa: un crisantemo de los prados, una rara flor solitaria de raíces comestibles y hojas picadas que se utiliza triturada para invocar a ciertos espíritus. Con cuidado, la arrancó de raíz, la introdujo en su pequeño zurrón y continuó escrutando el suelo en busca de otras hierbas.

—Lunes... martes... miércoles... —recitó con dificultad una voz detrás de la muchacha.

Ippuk no se sobresaltó en absoluto.

—Jueves... sábado... No, viernes... sábado...

—Lunes, martes, miércoles, jueves, viernes, sábado... —dijo Ippuk, aparentemente exasperada.

—¡Espera! No me lo digas —contestó la voz—. Lunes, martes, miércoles, jueves, viernes, sábado...

—¡Domingo! —exclamó Ippuk, incapaz de refrenarse.

La criatura que recitaba los días de la semana como si de un com-

plicado problema matemático se tratara era un ser con la apariencia y el tamaño de un niño de diez años, quizá demasiado delgado, con el pelo negro, sucio, grasiento, unas orejas descomunadamente grandes y picudas y cola de armiño; un gusapín, miembro de los también llamados huesos pequeños.

Ippuk había conocido a Fabo hacía ya muchos años, una mañana de primavera, recogiendo raíces. El pequeño gusapín se había quedado dormido al pie de un castaño y era tan pequeño por aquel entonces que Ippuk lo confundió con algún tipo de nudo extraño en el árbol. La muchacha lo agarró por las pestañas, creyendo que estas eran algún tipo de hierba (estaban tan cubiertas por legañas que bien podían haberlo sido), y tiró con fuerza, despertándolo de golpe. El pequeño gusapín brincó y aulló de forma tan cómica que Ippuk se dio la primera panzada a reír de toda su vida. Después de aquel episodio, Ippuk y Fabo se hicieron amigos inseparables, y es que uno no puede confundir las pestañas de alguien con raíces y no convertirse después en su compañero del alma.

—¡Cientountragos! —se lamentó el gusapín con un suspiro—, nunca me lo voy a aprender.

—Ya lo harás —respondió Ippuk con presteza.

—Déjame intentarlo otra vez. Lunes...

—Ya, bueno, Fabo, aún tengo que llevar todas estas hierbas a la torre de mis madrinas —interrumpió Ippuk, que no es que quisiera ser grosera, sino que era extremadamente eficaz en su trabajo.

—¿Y esta noche? ¿Vendrás a la fiesta?

—Pues claro que iré.

—He avisado a Fumiacu y a Llapazu. Ellos también vendrán.

—Estupendo.

—Te veo después, entonces, donde tú ya sabes.

Fabo se alejó corriendo entre la maleza, pegando brincos y reanudando su canción. Ippuk le observó durante unos segundos, riendo, y luego corrió hacia la torre de las tres sagas.



La joven no tenía muy buenos recuerdos de la torre. Sobre todo del pequeño y oscuro sótano. Durante sus primeros años con las sagas, en cuanto fue lo suficientemente mayor como para sostenerse en pie, estas le hicieron comer y dormir todas las noches en aquel triste agu-

jero, y solo la dejaban salir para ir a recolectar hierbas y flores. Probablemente se deba achacar a esta experiencia el sempiterno temor que Ippuk tenía a la soledad. Jamás lo admitiría, pero la joven tenía más miedo a estar sola que a duendes, ogros o gigantes. Fabo fue, de hecho, su primer amigo de verdad, aparte de las arañas y las lombrices que compartían con ella el sótano de marras. Su situación mejoró un poco aproximadamente después de su séptimo cumpleaños, cuando sus madrinas le permitieron mudarse al hórreo de al lado. Adiós al maldito sótano, y no solo al sótano, sino también, durante la mayor parte del día... al trasgo.

Por una larga y retorcida escalera de piedra enmohecida Ippuk accedió a la parte más alta del torreón: una habitación circular con algún que otro vano estrecho como única entrada para la luz y el aire. Las paredes estaban repletas de vasijas, tarros y continentes de toda clase repletos de hojas, raíces, restos de criaturas vivas, minerales y cosas vomitivas e inimaginables. Los pocos espacios vacíos de objetos estaban adornados por una serie de dibujos extraños, garabateados sobre la piedra: círculos que eran mitad luna y mitad sol, estrellas que conformaban complicadas formas geométricas, figuras humanas desnudas abrazándose a serpientes y compartiendo con ellas copas de contenidos inimaginables, entre otras muchas. Un gran fuego ardía presidiendo la estancia, y sobre este, un enorme caldero negro en torno al cual se repartían las tres sagas subidas en pequeños taburetes. Una seleccionando los ingredientes, otra vertiéndolos cuidadosamente dentro del caldero y la última removiendo despacio la mezcla humeante. Entre la hedionda humareda, las sagas no se percataron en un principio de la presencia de Ippuk, hasta que Pena expandió sus fosas nasales, olisqueó el aire y dijo:

—¡Ippuk, querida!

—¡Ippuk, mi amor! —exclamó Llercia, dejando de añadir semilla de baya de rusco en el caldero.

Pelona volvió la mirada hacia ella en silencio. Pronto sintió las punzantes miradas de los tres pares de ojos de sus madrinas clavándose sobre ella. La joven ya estaba acostumbrada a mirar dentro de aquellas eléctricas pupilas, y por eso no se asustaba; pero se cuidaba bien de no enfadarlas, puesto que, pese a haberla sufrido pocas veces, sabía que su cólera era temible.

¡*Caos!*!, esa era la palabra perfecta para describir los drásticos cam-

bios de humor y de parecer de las sagas. Pena era su favorita, nunca le había dado ni un cuscurro de pan en toda su vida, pero era la que más se divertía con su compañía y a la que menos le importaba que hiciera exactamente lo que le viniera en gana. Llercia se ocupó de cubrir la mayoría de sus necesidades físicas hasta que fue lo suficientemente mayor como para cuidarse por sí misma (lo cual fue a una edad alarmantemente temprana), y, por último, Pelona era la que más recelaba de ella y la menos efusiva, pero también la que más se había ocupado en enseñarle todo acerca del mundo de las hierbas y las plantas, además de otros conocimientos útiles, como coser, leer o escribir.

—A ver qué nos traes hoy —dijo Llercia, dirigiendo su cuerpo largo y encorvado hacia ella—. Ahhh... salvia, aquilea, artemisa e hipérico. ¡Y mira! ¡Un crisantemo!

—¿Entero? —preguntó Pena—. ¡Déjame verlo, déjame verlo!

—No está mal, no está mal —farfulló Pelona.

—Muchas gracias, cariño —dijo Pena, clavándole un beso a Ippuk en la mejilla, que más que un beso parecía un mordisco.

Entonces, Llercia le arrancó el zurrón de las manos, vació su contenido en un frasco y después volvió al caldero junto a Pena y Pelona, ignorando por completo a Ippuk. La muchacha entendió que ya nada la retenía en el lugar y comenzó a marchar escalera abajo. Bajaba trotando, alegre, cuando se topó con alguien a quien conocía demasiado bien: Urku, el trasgo.

Urku estaba enemistado con Ippuk desde que las sagas la habían traído. Y es que él vivía en el sótano que la muchacha ocupó durante tanto tiempo. Las tres hadas sacaron al trasgo a puntapiés de su morada, que él consideraba deliciosamente sucia, mohosa y maloliente, y lo mandaron al raso, a pasar frío en invierno y calor en verano y a tener que dormir entre las incómodas escaleras de piedra de la torre. El trasgo culpó a la niña de su desgracia y la juró enemistad eterna, una enemistad que duró incluso después de que ella se marchase a vivir al hórreo y dejase de nuevo libre el apestoso sótano. No pasaba un día sin que intentase golpearla, insultarla o asustarla, e Ippuk pronto aprendió a corresponderle con idénticos maltratos. Urku era una especie de duende familiar al servicio de las tres sagas que difícilmente habría podido superar la altura de la cintura de un hombre adulto. Su piel era color verde oscuro, arrugada y repleta de verrugas. Su sucio cabello largo era gris. Tenía unos diminutos ojos rojos, nariz y orejas largas y

puntiagudas y dedos largos acabados en uñas afiladas en manos y pies. Caminaba cojo y encorvado y vestía una escabrosa prenda de saco que debía de contener más o menos la mitad de los gérmenes del mundo feérico. Por si fuera poco, tenía la lengua más sucia que la entrepierna de un verraco, lo cual, unido a su agrio carácter y a todo lo antes mencionado, hacía de él una compañía muy desagradable.

—*¡Cara de brigayu!* —exclamó el trasgo.

—¡Pues tú tienes tantas verrugas en la cara que pareces una sopa de arroz! —respondió Ippuk, que claramente había estado preparando esta respuesta desde la última de sus disputas verbales.

El trasgo arrugó la nariz y respondió:

—*Andáte con cuidado, ho, o te pego un moquetón... que te ciego.*

—Atrévete, venga, atrévete.

El trasgo hizo una horrible mueca de desagrado, pero no se atrevió a pegar a la muchacha, que ya era considerablemente más alta que él.

—*¡Ho!* —gritó—. *Voy ‘sacate un güeyu y voy meate en la cueva pa que t’scueza.*

—Y yo voy a tirarte por las escaleras como no te calles —respondió Ippuk desafiante—. O ya sé... ¿Quieres que vaya a conseguirte unos granitos de avena para que los cuentes?

Los pequeños ojos de Urku se llenaron de terror al escuchar aquellas palabras. Y es que no había nada que el trasgo temiera más que a un montón de semillas o granos de alguna clase, dado que su naturaleza fisgona le obligaba a contarlos, y, a causa del agujero que tenía en las dos palmas de las manos, esa tarea se hacía larga, frustrante y prácticamente insoportable. Gritando obscenidades, el trasgo se fue corriendo escalera arriba, dejando a Ippuk con una amplia sonrisa triunfante.

Después de este episodio la muchacha marchó hacia su hórreo, que constituía un espacio un tanto estrecho y poco higiénico pero a Ippuk le parecía poco menos que un palacio. En una esquina había un montón de paja seca que le permitía dormir cómoda y caliente por las noches; en otra, debajo de un espejo agrietado, un pequeño baúl en el que guardaba toda su ropa, y en una tercera se apilaban cuencos de barro y cacerolas herrumbrosas que usaba para cocinar. Desperdigados por el resto de la estancia había libros, muchos libros. La muchacha estaba extremadamente orgullosa de ser capaz de leer (don no demasiado habitual entre sus vecinos del bosque) y en ello ocupaba gran parte de su tiempo, enterrando su nariz en los tomos polvorientos que

había ido heredando de sus madrinas o aquellos que conseguía en el mercado de Fäteres. Los libros eran un tesoro incomparable para Ippuk. Eran una ventana hacia otros mundos, mundos que desconocía por completo pero que sospechaba debían de extenderse hasta el infinito, repletos de aventuras que vivir y secretos por descifrar. Eran la única forma de viajar que tenía sin padecer los atrozadores efectos del tabú. Aunque leía todo aquello que caía en sus manos, sus libros favoritos eran, con diferencia, los de leyendas. Su preferida era la que narraba la historia del caballero de Belzunce.

Belzunce era un pueblo próspero, ganadero, en el cual nunca ocurría nada fuera de lo habitual que pudiera perturbar el sueño de sus tranquilos habitantes. Pero todo esto cambió cuando un monstruo terrible surgió de las aguas del mar Nive como un coloso de tiempos antiguos, un reptil demoníaco que volaba con sus enormes alas y echaba fuego por la boca. El monstruo se hacía llamar Herensuge, y muy pronto su nombre fue sinónimo de asesinatos de reses, burros, caballos e incluso de hombres y mujeres. Dejando a su paso un nauseabundo hedor a azufre, Herensuge sobrevolaba Belzunce y los montes de alrededor sembrando el pánico y la devastación. El noble que gobernaba el pueblo no sabía qué hacer, e hizo correr un mensaje por toda la comarca: aquel que librara al pueblo de su funesta maldición recibiría como recompensa la mitad de su fortuna y la mano de su propia hija, la bella Zurina. Pero la siniestra fama de Herensuge se extendió como un reguero de pólvora, y ningún guerrero parecía dispuesto a subir a Belzunce y plantar cara al monstruo. Sin embargo, en una gris mañana de otoño, un misterioso caballero cruzó el río en un hermoso cisne del tamaño de una barca y llegó hasta el pueblo. Solo dijo que venía «del reino de debajo de las colinas» y que iba a dar muerte a la serpiente alada Herensuge. Muchos pueblerinos se rieron abiertamente de él, puesto que no era un guerrero demasiado alto ni robusto, y su arma era de una factura que nunca antes se había visto en el lugar: una espada curva, de hoja negra. Pese a sus muchos detractores, el caballero de la negra espada demostró ser un bravo luchador y persiguió al monstruo hasta el bosque de Arbailles. Ante la tenacidad de su adversario, Herensuge decidió quemar el bosque entero y así destruir con él a su enemigo, pero el caballero, aún magullado y lleno de graves quemaduras, continuó luchando.

Ippuk no tenía ni idea de cómo acababa la historia porque su libro estaba criminalmente mutilado y nunca había encontrado las páginas

restantes. La joven sospechaba que se encontraban en alguna parte de la habitación circular en lo alto de la torre, pero, teniendo en cuenta que sus madrinas no solían salir de allí ni de día ni de noche, era como si no existieran.

Cuando Ippuk se cansaba de leer y el estómago reclamaba su atención, cogía alguno de sus modestos utensilios, descendía hasta el suelo, hacía una pequeña hoguera y se preparaba platos sencillos como gachas de avena, algún huevo frito o legumbres hervidas. Ippuk solía invitar a amigos para que vinieran a comer con ella, pero hoy no tenía tiempo. Quería comer deprisa, correr al río más cercano a lavarse (incluso la cara y las orejas, para hacer honor a la ocasión) y terminar de coser una tela blanca que le regaló la madre de su amigo Llapazu para confeccionarse un vestido a tiempo para adornarse el pelo y llegar en hora a su cita con los gusapines. De modo que se preparó unas gachas, comió y se sumergió de cabeza en el río. Después volvió a subir a su hórreo y se atareó con aguja e hilo.